

COMULGAR EN LA MANO

Entre tantas discusiones de no excesiva trascendencia, suscitadas después del Concilio, una de las más pintorescas ha sido, sin duda, la de recibir la comunión en la mano o en la boca. Como es sabido, ambas maneras de comulgar pueden ser respetuosas y expresivas. Y es el mismo creyente quien ha de decidir si desea comulgar de un modo u otro, sin que el sacerdote se lo imponga según su gusto o preferencia.

En contra de lo que se piensa normalmente comulgar en la mano no es algo “nuevo”, sino la costumbre natural durante los primeros siglos del cristianismo, tal como lo reflejan los diversos testimonios, pinturas y relieves de las iglesias de África, Oriente, Roma, Milán... La modalidad de comulgar en la boca comenzó a introducirse sólo hacia los siglos VII y VIII y no se aceptó en Roma hasta el siglo X. No se trata por tanto de una innovación, sino de una restauración. Desde los primeros tiempos del cristianismo, los fieles, siguiendo la invitación de Jesús: “Tomad y comed”, comulgaron con toda naturalidad recibiendo el cuerpo de Cristo en la mano e introduciéndolo ellos mismos en la boca, que es, por otro lado, la manera normal de tomar alimento las personas adultas. Ofrece, además, una ventaja práctica e incluso higiénica.

Después del Concilio Vaticano II, se ha recuperado la forma práctica más antigua pero sin que, desgraciadamente, muchos cristianos hayan descubierto su hondo significado. Antes que nada, hay que realizar el gesto de manera correcta. Se extiende la mano izquierda, haciéndole con la derecha “una especie de trono”, para luego tomar el pan con la mano derecha y comulgar allí mismo, antes de retirarse. Este es un gesto. Una mano abierta que pide, que espera y recibe. Unos ojos que miran con fe al pan eucarístico que ofrece el sacerdote. Unos labios que dicen “amén”.

Esa mano tendida somos nosotros mismos abiertos confiadamente a Dios. Ese pan que recibimos es el mejor regalo que podemos tomar en nuestras manos. El alimento que sostiene nuestra fe y nuestra alegría interior.

Dichosos los que domingo tras domingo, se sienten llamados a esa mesa

Comunidad en Camino

ASCENSIÓN DEL SEÑOR
Ciclo "A"

PP. DOMINICOS - MADRID

1 de JUNIO
de 2.014

Avda. Ciudad de Barcelona,1 <http://www.parroquiadeatocha.es>



“Id y haced
discípulos a todas
las gentes
bautizándolas en el
nombre del Padre y
del Hijo y del Espíritu
Santo”



Ascensión del Señor (1 de Junio de 2014)

La Ascensión concluye la historia terrena de Jesús e inicia la de la Iglesia. En el libro de los Hechos de los Apóstoles se nos narra este acontecimiento: *“!... Dicho esto, le vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista. Mientras miraban fijos al cielo, viéndole irse, se les presentaron don hombres vestidos de blanco, que les dijeron: Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo volverá como lo habéis visto marcharse”*.

¿Qué hacéis ahí mirando al cielo...? Mateo, en su Evangelio, nos da la clave de esto que dicen a los apóstoles esos dos personajes. Son las palabras de Jesús, el Señor, a sus discípulos, momentos antes de subir al Padre: *“Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre de Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de mundo”*.

La Iglesia, es enviada para continuar la misión del Maestro, a lo largo de la historia en todo el mundo, para hacer presente ese Reino de Dios. Ese Reino que él fundamentó, a través de su palabra y de sus gestos, en que los humanos pudieran gozar de libertad para llegar a la felicidad plena en el amor, sobre todo a los más abandonados de la sociedad.

Pare ello, San Pablo nos estimula para *“ que el Dios de Nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os de espíritu de sabiduría...para conocerlo, ilumine los ojos de vuestro corazón, para que comprendáis cual es la esperanza a la que os llama, cual la riqueza de gloria que da en herencia a los santos; y cual la extraordinaria grandeza de su poder para nosotros los que creemos...”* Esta es la gran misión que Jesús encomienda a su Iglesia; y de la que cada uno de los cristianos deberíamos responsabilizarnos, si de verdad lo somos y asumimos el mandato de Jesús, en el momento de su ascensión a los cielos: **“id y haced discípulos de todos los pueblos...; y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado”**.

Hechos 1, 1-11
Efesios 1, 17-23
Mateo 28, 16-20

El pasado domingo iniciamos la publicación de una *“Carta de Dios para ti”* que de un modo accidental llegamos a conocer. Una reflexión en voz alta clara y valiente.

En ella también había lugar para el reproche: *“Te di el poder de pensar, te di el poder de amar, te di el poder de determinar, te di el poder de remar, te di el poder crear, de planear, de cambiar, de di el poder de hablar, te di el poder de elección. Te di el dominio de elegir, usando tu voluntad. ¿Qué has hecho de estas tremendas fuerzas que te di?”*

La carta invitaba a olvidar el pasado y seguir adelante: *“Elige amar en lugar de odiar, elige remar en lugar de llorar, elige actuar en lugar de aplazar, elige crecer en lugar de consumirte, elige bendecir en lugar de murmurar, elige vivir en lugar de morir. Crece como persona cada día, crece en el optimismo, en la esperanza. Deja atrás los miedos y los sentimientos de derrota. Yo estoy siempre a tu lado. Llámame, búscame, acuérdate de mi”*.

No deja la carta fuera de sus líneas ninguna invitación al bien en diferentes manifestaciones: *“Trata de volverte único, generoso, dador de amor y misericordia. No pases de los problemas y dolores de quienes viven a tu alrededor. Comparte lo que tienes con los demás, lucha para que cambie este mundo y sea para todos un hogar de felicidad y amor. Conmuévete ante la maravilla de sentirte humano, al sufrir con los que sufren y alegrarte con los que se alegran, llora con los que lloran y comprende el dolor de los otros. ¡hay tanto sufrimiento absurdo en la vida de las personas!*

Como final Dios escribía en la carta: *“No te olvides que has salido de mis manos, para que seas feliz con misericordia y amor... cambia el medio ambiente, lucha contra la miseria, contagia esperanza, se testigo de la paz, se optimista, porque yo estoy siempre a tu lado. Con todo cariño, Dios”*